

Construcción de la memoria y Narratología en *1984* de George Orwell

Cristina del Solar
Universidad del Salvador.
Instituto Superior Verbo Divino

El poder es Dios.

Resumen: En relación con el poder, la memoria puede ser construida desde el discurso. Esta puede ser usada y ejercida como verdadera o falsa según las necesidades políticas. El pasado y la memoria pueden negarse por medio del discurso, sin importar si pertenecen al ámbito de la Verdad.

Palabras clave: *1984*; lenguaje; poder; memoria; verdad.

Abstract: *According to power, memory can be built from the speech. It can be used and performed as true or false, depending on politics. The past and the memory can be denied by the speech, no matter if they belong to the Truth.*

Keywords: *1984; language; power; memory; truth.*

Escrita hacia 1948, la novela distópica de George Orwell lleva en su paratexto título una metátesis. Pensada para ser *El último hombre en Europa*, es *1984* el nombre definitivo para editarse un año después de su composición. En ella, la lengua es un sistema unitario y el sujeto hablante, una entidad. Y el ejercicio del discurso es impuesto unilateralmente de forma descendente y se desplaza multilateral horizontal. En esta puesta en práctica, se construye el accionar del Estado Totalitario del IngSoc bajo el Gran Hermano y con él la manifestación coercitiva en los cuerpos. Y en el pensamiento.

Esto se traslada al discurso. Desde el comienzo, la alienación se manifiesta a través de las paradójicas consignas del Partido: La Guerra es la Paz, la Libertad es la Esclavitud, la Ignorancia es la Fuerza. Términos como *neolengua*, *crimental*, *doblepensar*, *vaporizado*, *nopersona* son utilizados de manera rigurosa y específica por los personajes. El conductismo ejercido por el Estado lleva irremediablemente a lo

previsible. Así, los indicios se hallan en las prolepsis, desde el sueño de Winston con la voz de O'Brien: «Nos encontraremos en el sitio donde no hay oscuridad» (Orwell, 2010, pp. 100; 176; 237) hasta la escena de la tortura. En la misma casa del miembro del Partido, este los entrevista y su relato singulativo también es anterior: «Trabajaréis algún tiempo, os detendrán, confesaréis y luego os matarán. Ésos serán los únicos resultados [...]. Algún día de estos, uno de los mensajes que te lleguen contendrá un ejemplar del libro de Goldstein» (Orwell, 2010, pp. 174-175). El mismo protagonista «sentía los porrazos que iban a darle en los codos, y las patadas que le darían las pesadas botas claveteadas de hierro» (Orwell, 2010, p. 222).

Refiriéndose al sistema carcelario de Mettray, Michel Foucault señala que “una palabra inútil se reprime” (Foucault, 2006, p. 301). Syme, compañero y conocido de Winston, describe con características saussureanas la construcción del lenguaje y el discurso:

Por supuesto, las principales víctimas son los verbos y los adjetivos, pero también hay centenares de nombres de los que puede uno prescindir. [...] Toda palabra tiene en sí misma su contraria. Por ejemplo, tenemos “bueno”. Si tienes una palabra como “bueno”, ¿qué necesidad hay de la contraria, “malo”? No bueno sirve exactamente igual”(Orwell, 2010, p. 53).

En su papel de narrador intradieгético, Syme relata los avances de la neolengua con un relato anterior o proléptico: el objetivo es limitar el alcance del pensamiento y la acción de la mente, sucesivamente a lo largo de los años disminuirá el número de palabras con la consecuente mengua de la conciencia. A la manera chomskiana, “el lenguaje es un espejo de la mente”. La manipulación discursiva es más que evidente.

Discurso-mente-cuerpo se encuentran íntimamente involucrados. Para David Le Breton (2012), las viviendas son “máquinas de vivir”. El lugar habitado de los

individuos de Oceanía resulta productor de comportamiento, ya que la reducción impide los desplazamientos, aislarse un rato. De la habitación de Winston se dice:

[La telepantalla] en vez de hallarse colocada, como era normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la habitación, estaba en la pared más larga, frente a la ventana. A un lado de ella había una alcoba que apenas tenía fondo, en la que se había instalado ahora Winston. Era un hueco [...] calculado seguramente para alacena o biblioteca. Sentado en aquel hueco y situándose lo más dentro posible, Winston podía mantenerse fuera del alcance de la telepantalla (Orwell, 2010, p. 11).

Allí comienza a redactar su Diario, sin saber que ha sido observado durante siete años. Esta anulación vuelve funcional y racionaliza al cuerpo, lo concibe para funcionar en un espacio y no para vivir en él, lo recorta «según una ideología de las necesidades que lo separa en pedazos y lo priva de la dimensión simbólica que lo envuelve» (Le Breton, 2012, p. 108) y lo diluye en un automatismo de los rituales diarios. El encierro es la elección entre colocar el cuerpo a la sombra o a la luz de la sociabilidad, entre la inclusión o la exclusión. Le Breton señala que la socialización de las manifestaciones corporales se hace bajo represión; recordemos los Dos Minutos de Odio frente a la pantalla. «Del público salieron aquí y allá fuertes silbidos. [...] La mitad de los espectadores lanzaban incontenibles exclamaciones de rabia» (Orwell, 2010, p. 17). El factor de unión es el odio, un odio acérrimo a un enemigo social que obra contra el modelo de Gran Hermano, odio provocado desde el poder y desde el discurso. Y aquella estricta división espacial en secciones distintas, bajo prohibiciones, se encuentra bajo una autoridad. Con los Dos Minutos de Odio se mantiene el orden; «con la multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples se anula en beneficio de individualidades separadas» (Foucault, 2006, p. 204).

El Estado Totalitario, señala Michel Foucault, ejerce el poder mediante una inspección continua por medio de la mirada omnipresente. La telepantalla y los

micrófonos tienen como objetivo la rápida obediencia del pueblo y una absoluta autoridad. Los movimientos se controlan y

el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua [...] cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido, constituye un modelo compacto de disposición disciplinario [...] con la penetración del reglamento hasta los más finos detalles de la existencia y por intermedio de una jerarquía completa que garantiza el funcionamiento del poder; y con ello, la asignación a cada cual de su 'verdadero' nombre, de su 'verdadero' lugar, de su 'verdadero' cuerpo (Foucault, 2006, p. 201).

En 1984, el Panóptico de Jeremy Bentham se perfecciona con la tecnología, la imagen, las cámaras, los medios de comunicación y los audios grabados, y permite la coerción de Ampleforth, Syme, Parsons, Winston, Julia...permite saber quién es, dónde debe estar, por qué caracterizarlo, cómo reconocerlo, cómo ejercer sobre él una vigilancia constante, etc. En esta asimetría, se es visto pero no se ve. No obstante, el protagonista sabe que es observado, aunque esta acción sea discontinua, pues este es el mayor efecto que se busca: el estado consciente de saberse mirado y escuchado, lo cual constituye la garantía del funcionamiento del poder. Así, de la telepantalla nos dice que «nunca dormía, que nunca se distraía, ni dejaba de oír» (Orwell, 2010, p. 164). E incluso, cualquier sonido del protagonista

superior a un susurro, era captado por el aparato. Además, mientras permaneciera dentro del radio de visión de la placa de metal, podía ser visto a la vez que oído. Por supuesto, no había manera de saber si lo contemplaban a uno en un momento dado. Lo único posible era figurarse la frecuencia y el plan que empleaba la Policía del Pensamiento para controlar un hilo privado (Orwell, 2010, p. 8).

Recordemos que, aun sabiéndolo, Winston en tanto narrador intra-heterodiegético será la voz transmisora en la lectura del libro de Goldstein a Julia, narratorio obligado e imprescindible. Además, esta metodología se emplea como modificación del comportamiento, educa la conducta, enseña con fin pedagógico y aun controla los propios mecanismos. Es así que sabemos que anteriores miembros del

Partido Interior han sido detenidos y ejecutados: Rutherford, Aaronson y Jones. La depuración resulta absolutamente necesaria, bajo el nombre de “traición”.

Y no solo eso. La ideologización manipulada comprende también a los niños y jóvenes. Señala Mieke Bal: «El Estado Totalitario es la figura del padre, y por ello, la tragedia. En la tragedia, el hijo es culpable ante el padre al cual, inconscientemente, quiere reemplazar [...]. En otros casos, entre niño y adultos, entre personalidades fuertes y débiles» (Bal, 2006, p. 44). El fanatismo es encauzado por el Estado Totalitario, y en la novela

las especulaciones [...] son aplastadas mediante la disciplina interna adquirida desde la niñez. La primera etapa de esta disciplina, que puede ser enseñada incluso a los niños, se llama en neolengua paracrimen. Paracrimen significa la facultad de parar de un modo casi instintivo, todo pensamiento peligroso que pretenda salir a la superficie (Orwell, 2010, p. 204).

Es curiosa la secreta admiración que siente Winston por O'Brien, su físico enorme, sus anteojos como los de su padre, y de manera inversa, el aborrecimiento dirigido al Gran Hermano.

Para Le Breton, «los materiales industriales excluyen al cuerpo, no le dan importancia a la historia, no le otorgan ninguna a la memoria» (Le Breton, 2012, p. 107). Como consecuencia del sistema represivo totalitario, la relación dialógica locutor-interlocutor y el sujeto productor se verán notablemente afectados. A través de su discurso, Winston construye el mundo como objeto y se construye a sí mismo, y hasta tal punto se verá esta actividad que la memoria es su único baluarte:

Pero aquello era sólo un conocimiento furtivo que él tenía porque su memoria ‘fallaba’ mucho, es decir, no estaba lo suficientemente controlada. (37) [...] ¿Es que sólo él, Winston, seguía poseyendo memoria? (60) [...] El control del pasado depende por completo del entrenamiento de la memoria (Orwell, 2010, p. 205).

En el constante monólogo interior, de Winston dice:

Trató de exprimirse de la memoria algún recuerdo infantil que le dijera si Londres había sido siempre así. ¿Hubo siempre estas vistas decrepitas casas decimonónicas, con los costados revestidos de madera...? [...] Pero era inútil, no podía recordar; nada le quedaba de su infancia excepto una serie de cuadros brillantemente iluminados y sin fondo, que en su mayoría le resultaban ininteligibles (Orwell, 2010, p. 9).

Sus escasos recuerdos lo llevan, sin embargo, a la vigorosa defensa de la memoria, propia y ajena, colectiva, humana. En la sesión de tortura, la construcción dialéctica se sostiene entre el protagonista y su torturador:

-Entonces, ¿dónde existe el pasado?

-En los documentos. Está escrito.

-En los documentos...Y, ¿dónde más?

-En la mente. En la memoria de los hombres.

-En la memoria. Muy bien. Pues nosotros, el Partido, controlamos todos los documentos y controlamos todas las memorias. De manera que controlamos el pasado, ¿no es así? (Orwell, 2010, p. 240)

Los medios de comunicación, diarios, radio, revistas, cine, colaboran con esta reescritura a partir de la cooptación de parte del Estado de Oceanía.

El narrador extradiegético opta por la focalización interna: “De pronto tuvo Winston la profunda convicción de que uno de aquellos días vaporizarían a Syme. Es demasiado inteligente.” (Orwell, 2010, p. 55). E incluso hace explícito a su narratario: «Tenía que vivir [...] con la seguridad de que cualquier sonido emitido por *usted* sería registrado...» (Orwell, 2010, p. 8).

La memoria no solo vive en la mente, también en el espíritu y el cuerpo. Y habita en un lugar físico: los “agujeros de la memoria”, huecos en habitaciones, oficinas y pasillos, cuyo aire caliente conduce hacia los hornos cualquier prueba fehaciente del

pasado. Su reescritura resulta imperativa a los efectos de rehacer un pasado. Roland Barthes señala:

Los periódicos están escritos para informar; ninguna escritura [registra nuestras costumbres] directamente: hay que pasar por la mediación del periódico, de la novela, del ensayo; y todos esos documentos solamente pueden resurgir en estado de memoria si son interpretados. Por lo tanto, a la escritura la penetra muy pronto un simbolismo secundario: siendo “grafismo”, orden de pura memoria, se convierte en ‘escritura’, campo de significación infinita (2007, p. 108).

Para el semiólogo francés la escritura depende de una mitología de la invención. Es la escritura misma tanto del Diario como del diario de Goldstein la que establece un contrato enunciativo con cualidad performativa: en el primer caso, es de hacer cognitivo; en el segundo, persuasivo y manipulador. Las tres Leyes de Gran Hermano resultan un discurso manipulador alienante. Las presiones ideológicas dominan el código social como un gran integrador en el acto de lectura. Al respecto, Barthes señala:

Hay lecturas muertas (sujetas a estereotipos, a las repeticiones mentales, a las consignas) y lecturas vivas (que producen un texto interior) durante las cuales el sujeto cree emocionalmente lo que lee al tiempo que conoce su irrealidad; es una lectura escindida (2007, p. 85).

Hay sujetos escindidos.

Según Pozuelo Yvancos, Winston es un autor implícito representado para un lector implícito representado-Narratario. Es decir: Winston comienza a redactar su Diario pensando en O’Brien, destinatario de esas memorias y pensamientos. Como contrapartida, el mismo O’Brien ha escrito —aunque mancomunadamente— el *libro* de Emmanuel Goldstein. El propio Smith se pregunta: «¿Para quién estaba escribiendo él este diario? Para el futuro; para los que aún no habían nacido» (Orwell, 2010, p. 12). La redacción del Diario es la construcción de la propia memoria por medio del discurso, y el protagonista busca hacerlo en un «libro excepcionalmente bello [...], de papel suave y cremoso, un poco amarillento» (Orwell, 2010, p. 11) cuyo lomo es rojo y con tapas

similares al mármol. El acto de escritura no solo es salvífico para su mente y su alma, sino también aterrador y subyugante. El hecho de romper las reglas en ese profundo acto de creación lo lleva a dudar, por la falta de práctica. «Mojó la pluma en la tinta y luego dudó unos instantes. [...] El acto trascendental, decisivo, era marcar el papel» (Orwell, 2010, p. 12).

Bal (2006) afirma que inevitablemente la verdad o la mentira subyacen en todo discurso, lo que lleva a que la realidad de los actantes en la estructura narrativa resulte de importancia para ayudantes y oponentes. Usualmente solo son apariencia y demuestran luego ser lo contrario. Un traidor aparece como ayudante pero en el curso de la historia acaba demostrándose como oponente, por ello hay falsos héroes, o portadores de la verdad, pistas faltas, instantes de inspiración o recelo repentinos que llevan al sujeto a inclinarse por alguna de las posibilidades que la historia le presenta.

Así lo sostiene Bal:

Cuando un actor es lo que parece, será verdad. Cuando no se construye una apariencia, cuando esconde quién es, su identidad será secreta. Cuando ni es ni se construye una apariencia, no puede existir como actor; cuando parece lo que no es, su identidad será una mentira (Bal, 2006, p. 43).

Son los casos de O'Brien, espía del Partido Interior, y de Charrington, Policía del Pensamiento.

«Y si todos los demás aceptaban la mentira [...], si todos los testimonios decían lo mismo, entonces la mentira pasaba a la Historia y se convertía en verdad. “El que controla el pasado [...] controla también el futuro. El que controla el presente controla el pasado”» (Orwell, 2010, p. 38). En el *slogan* del Partido se manifiesta así la alienación, y la vinculación de la prisión con la institución mental, planteadas por Foucault, es insoslayable cuando O'Brien se dirige a Winston en la sesión. Como si se tratara de una

enfermedad psiquiátrica (¿paranoia, esquizofrenia?) cuya cura es suministrada por drogas y electroshock, el hombre dice: «Hay tres etapas en tu reintegración: aprender, comprender y, por último, aceptar» (Orwell, 2010, p. 251); previamente ha dicho «¿Quieres que te diga para qué te hemos traído? ¡Para curarte! ¡¡Para volverte cuerdo!! [...] Nos importa sólo el pensamiento» (Orwell, 2010, p. 244) como si se tratara de una enfermedad. «Tu mentalidad atrae a la mía. Se parece a la mía excepto en que está enferma» (Orwell, 2010, p. 249). O'Brien objeta los discursos del despotismo y del totalitarismo, ya que para unos y otros respectivamente son «No harás esto o lo otro, harás esto o aquello. Nuestra orden es “Eres”. [...] Les lavamos el cerebro» (Orwell, 2010, p. 246). La institución mental es uno de los dispositivos que, si bien no reproducen la prisión “compacta”, utiliza algunos de los mecanismos carcelarios, similares a las oficinas y alojamientos. Por ello, el crimen por el que la gran mayoría de los individuos de Oceanía es apresada, como en el caso de Parsons, es el *crimental*. «Sin embargo, las patrullas eran lo de menos. Lo que importaba verdaderamente era la Policía del Pensamiento» (Orwell, 2010, p. 8) No solo el individuo debe saberse observado físicamente; debe saber que se sabe lo que piensa, y no solo eso, no es suficiente con la obediencia, el amor y la admiración hacia el líder deben sentirse con fanatismo. Para hacer recordar esta omnipresencia, Foucault menciona la cárcel de Mettray, institución con celdas «sobre cuyas paredes está escrito “Dios os ve”» (Foucault, 2006, p. 301). Esto nos remite inmediatamente al comienzo de la novela, en los días previos a la Semana del Odio: en todos lados el rostro que «era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos lo siguen a uno adondequiera que esté. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las palabras al pie» (Orwell, 2010, p. 7).

El discurso, los actos de habla, representan, reflejan y expresan la realidad. Sin embargo, en *1984*, es la realidad —pretérita y presente— la que se adecua para

reproducir, representar y reflejar la alocución. En resumen, el discurso es manipulable, como lo son el cuerpo y la mente. Como consecuencia, inevitablemente también lo es la memoria. En tanto colectiva, lo mismo que la lengua y por medio del discurso, se impone al individuo, que termina por vaciarse de contenido y dudar de la propia existencia. Memoria e identidad son inherentes. «Desaparecerás por completo de la corriente histórica. [...] De ti no quedará nada: ni un nombre en un papel, ni tu recuerdo en un ser vivo» (Orwell, 2010, p. 245) le espeta su otrora cómplice. La negación absoluta de la existencia resulta peor que la ausencia o la muerte. El fallecimiento es el fin inevitable de todo ser, y por lo tanto es normal; su no-ser, no. La memoria, los recuerdos, el pasado y la Historia, es decir, la realidad, se construyen con un objetivo claro y evidente, según lo afirma O'Brien: «sólo nos interesa el poder [...], el poder puro» (Orwell, 2010, p. 253) pues «el verdadero poder no es poder sobre las cosas, sino sobre los hombres» (Orwell, 2010, p. 256), elevándose como amenaza de la posibilidad extraliteraria. «Si uno ha de gobernar, y de seguir gobernando siempre, es imprescindible que desquicie el sentido de la realidad» (Orwell, 2010, p. 207). Como escribe Winston en la pizarra de la habitación 101: «El poder es Dios» (Orwell, 2010, p. 265). Cabe preguntarse si la posibilidad extraliteraria es solo eso.

Referencias bibliográficas

- Bal, M. (2006). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la Narratología)*. Madrid: Cátedra.
- . (2009). *S/Z*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Barthes, R. y otros. (1998). *Análisis estructural del relato*. México: Coyoacán.
- . (2007). *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- Boves Naves, Ma. del Carmen (1998). *La novela*. Madrid: Síntesis.
- Foucault, M. (1996). *Genealogía del racismo*. La Plata: Altamira.
- . (2006). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Garrido, M. Á. (2006). *Nueva introducción a la teoría de la literatura*. Madrid: Síntesis.

- Le Breton, D. (2012). *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lozano, J y otros. (2009). *Análisis del discurso. Hacia una Semiótica de la interacción textual*. Madrid: Cátedra.
- Martínez, M y Scheffel. M. (2011). *Introducción a la Narratología Hacia un modelo analítico-descriptivo de la narración ficcional*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Morey, M. (Sel.). (2001). *Michel Foucault. Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Orwell, G. (2010). *1984*. Córdoba: Ediciones del Subsuelo.
- Pozuelo Yvancos, J. M. (2009). *Teoría del lenguaje literario*. Madrid: Cátedra.
- Solar, Ma. Cristina del. (2013). “El espacio del cuerpo y el cuerpo como espacio en *La Celestina*”. *Actas del XVIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Buenos Aires.
- Toledano Buendía, S. (2006). “La neolengua de Orwell en la prensa actual. La literatura profetiza la manipulación mediática del lenguaje”. *Revista Latina de Comunicación Social* 61 (enero-diciembre). Recuperado 20 may 2016 de <http://www.ull.es/publicaciones/latina/200601toledano.pdf>